

LABERINTOS

Tres mitos griegos



Con ilustraciones de **Juan Battilana** y **Hernán Vargas**

Dirección General de Cultura y Educación
Laberintos : tres mitos griegos Apolodoro de Atenas ; Adaptado por
Juliana Ricardo ; Editado por Leicia Gotlibowski ; Ilustrado por Juan
Battilana ; Hernán Vargas. - 1a ed. - La Plata : Dirección General de Cultura
y Educación de la Provincia de Buenos Aires. Subsecretaría de Educación.
Dirección Provincial de Educación Primaria, 2025.

40 p. : il. ; 24 x 15 cm.

ISBN 978-987-676-161-1

1. Mitos. 2. Mitología. I. Ricardo, Juliana, adapt. II. Gotlibowski, Leicia, ed.
III. Battilana, Juan, ilus. IV. Vargas, Hernán, ilus. V. Título.

CDD 704.947

Adaptación: Juliana Ricardo

Ilustraciones: Juan Battilana y Hernán Vargas

Edición: Leicia Gotlibowski

Este material ha sido elaborado por la Dirección General de
Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires.

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

Provincia de Buenos Aires

Gobernador

Axel Kicillof

Vicegobernadora

Verónica Magario

Director General de Cultura y Educación

Alberto Sileoni

Jefe de Gabinete

Gustavo Alcaraz

Subsecretario de Educación

Pablo Urquiza

Directora Provincial de Educación Primaria

Mirta Torres

Directora Provincial de Comunicación

Carla Tous

PRESENTACIÓN

La historia de los laberintos es casi tan antigua como la de los seres humanos. Aunque la palabra “laberinto” tiene origen griego (*labyrinthos*), se han encontrado representaciones de este tipo de construcciones mucho más antiguas aún.

Eso significa que los laberintos siempre fascinaron a los seres humanos. Hay laberintos en muchas culturas con incontables significados y formas. Actualmente, se los considera símbolos de búsqueda, ya que son creaciones destinadas a confundir, hacernos perder, pero también para pensar y crear, imaginar soluciones y modos de salir. Jorge Luis Borges, el escritor argentino, decía que no es necesario construir laberintos porque el mundo ya lo es.

Este libro contiene tres historias que giran alrededor del clásico laberinto de Creta, aquel que hospedó al temible Minotauro. Este es, tal vez, uno de los más conocidos de nuestra cultura.

Cada mito está hecho con muchos mitos: se trata de una reconstrucción de diversas fuentes que relatan estas historias, desde distintos puntos de vista, autores y épocas. Como una trenza, fue necesario unir esas historias para que lleguen hasta ustedes, adaptadas, aunque conservando las principales características de los mitos originales.

En este libro, las y los invitamos a entrar en uno de los laberintos más famosos de la mitología, a toparse con sus monstruos, a perderse con los héroes y a encontrar la salida, gracias al ingenio y al amor, como hizo Teseo.

¡Que disfruten de este recorrido!

ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	3
TESEO Y EL MINOTAURO.....	5
La construcción del laberinto.....	6
Las hazañas de Teseo.....	12
Teseo en el laberinto.....	18
ARIADNA, TESEO Y EL HILO MÁGICO.....	25
La promesa.....	26
La espera.....	30
La salida.....	32
DÉDALO E ÍCARO.....	33
Las alas.....	34
El vuelo.....	36

TESEO Y EL MINOTAURO

En la antigua isla de Creta, Pasifae, esposa del rey Minos, dio a luz un hijo:

—¡Es un varón! —dijo la partera, contenta.

Pero un segundo después, cuando la criatura terminó de salir, volvió a escucharse la voz horrorizada de la mujer:

—¡No! Es un... ¡ternero!

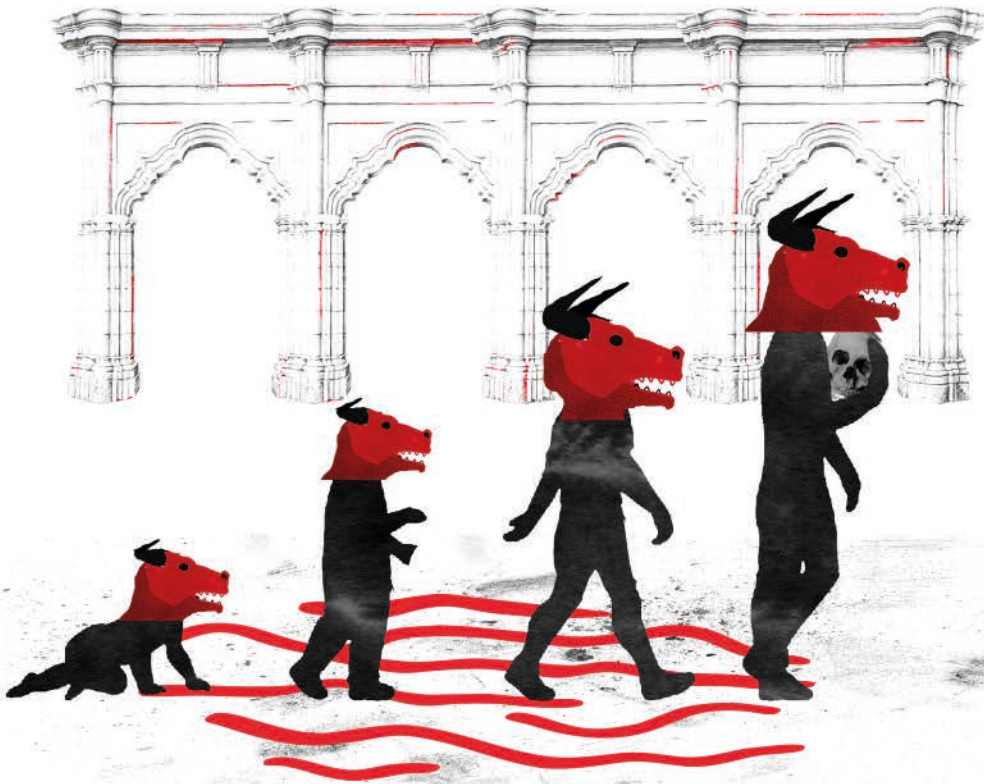
En ese momento, el recién nacido en vez de llorar, empezó a berrear.

La madre se asustó cuando vio por primera vez a aquel niño con cuerpo humano y cabeza de animal. Sin embargo, lo tomó en sus brazos, lo quiso como a cualquier otro hijo y le puso por nombre Asterión.



La construcción del laberinto

Cuando Asterión empezó a crecer, se vio claramente que tenía cabeza de toro, por lo que empezaron a llamarle Minotauro, que significa –según algunos– el toro de Minos o –según otros– mitad hombre y mitad toro.



El Minotauro creció encerrado, oculto y tratado como un monstruo.

No se sabía si era bueno o malo, pero resultaba inquietante. El niño-toro era enorme, tenía una fuerza sobrenatural y mucho apetito.

Al tiempo, comenzó a escaparse y a atacar a la gente de Creta. Era inútil que lo encerraran: podía huir de cualquier prisión, romper cualquier barrote, derrumbar cualquier pared. Además resultaba imposible educarlo, sentarlo en la mesa, tener un diálogo con él... solo lanzaba unos bramidos aterradores.

—Tenemos que hacer algo con el Minotauro –le dijo un día Minos a Pasífae—. Cada vez que se escapa, arrasa con todo lo que ve y la gente empieza a estar aterrada y enojada, con justa razón.

—Es cierto –admitió su madre, llorando—. Pero no le haremos ningún daño. Sigue siendo mi hijo.





Minos decidió llamar al famoso arquitecto y artesano Dédalo, y le pidió que construyera una trampa inmensa de la que no pudiera salir el Minotauro: un laberinto.

Así fue como Dédalo fabricó, con su gran talento, un laberinto gigantesco. Era una construcción tenebrosa y sombría; y tenía algo peor que la escasa luz: estaba lleno de pasillos, puertas que no conducían a ninguna parte, caminos que se cortaban, rincones ocultos, salidas falsas y todo tipo de trampa para que nadie pudiera salir. Cuando parecía que se había llegado, por fin, a la salida, ¡no!, ¡se trataba de una puerta que daba a otro pasillo y luego a otro y luego a una pared!

La obra de Dédalo era tan compleja e ingeniosa, que quien entraba en ese edificio se perdía para siempre. Era un encierro sin puertas, ni celdas, ni barrotes, sino un entrecruzamiento de confusión y cansancio.

En ese lugar Minos encerró al temible Minotauro, que podía correr y moverse de un lado para el otro con mucho espacio, ya que disponía de una casa inmensa, pero de la que jamás lograría salir.

Esta terrible situación parecía no tener fin, hasta que un joven, hijo del rey Egeo y de la princesa Etra, decidió cambiar el destino de todos. Su nombre era Teseo, y su fama lo destacaba entre sus compañeros.

Cada año, para alimentar al monstruo, debían enviar siete jóvenes hombres y siete jóvenes mujeres, a quienes el Minotauro cazaba y devoraba en los oscuros pasillos del laberinto. Su insaciable hambre sembraba el terror en Creta y en otras regiones de Grecia, donde los habitantes temían que sus hijos fueran seleccionados para el sacrificio. La amenaza constante mantenía a todos en un estado de alerta y desconfianza.

Cada vez que algún muchacho osado intentaba enfrentarse a la bestia, se perdía en el laberinto o era devorado sin dejar rastro. Las ciudades vecinas eran obligadas a enviar a sus jóvenes, y el miedo se apoderaba de todos cuando llegaba el momento de la elección. Ninguno de los que entraba al laberinto lograba salir jamás.



Las hazañas de Teseo

El origen de Teseo era muy especial. Se cuenta que, desde pequeño, se mostró como un niño fuerte y prudente, dispuesto a vencer cualquier obstáculo.



Cuando nació, Egeo lo dejó al cuidado de su abuelo el Rey Trecenas, padre de Etra, pues debía ir a luchar contra sus enemigos y defender su reino.

Antes de irse, Egeo escondió su espada y sus sandalias bajo una pesada roca. Condujo hasta allí a su esposa y le dijo:

—Cuando el niño cumpla dieciséis años, tráelo hasta aquí. Si tiene fuerza suficiente para mover esta piedra y sacar de allí los objetos, envíalo a Atenas y lo reconoceré como mi hijo y mi sucesor.





Cuentan los ancianos que un día Hércules llegó al palacio del rey de Trecenas vistiendo la piel del león de Nemea, su presa más célebre tras una feroz lucha. Con paso firme, se acercó al trono y, antes de sentarse, arrojó la piel sobre la mesa mostrando su victoria. La sala estalló en gritos de terror cuando los niños, creyendo que se trataba de un león real, comenzaron a correr despavoridos en busca de refugio tras las piernas de sus padres.

Sin embargo, en medio del pánico, el pequeño Teseo se destacó por su valentía. Sin dudarlo, le quitó el hacha a uno de los criados y se lanzó hacia la piel, decidido a enfrentarse a la supuesta bestia. Hércules, sorprendido por el coraje del niño, se interpuso entre él y la mesa, deteniéndolo con firmeza. Con una sonrisa de admiración, le dijo:

—¡Eres muy valiente! Tu nombre será siempre recordado entre los héroes.

Cuando llegó a la edad indicada por Egeo, su madre llevó al joven al lugar en que se hallaba la gran roca. El muchacho pudo retirarla sin esfuerzo y, poco después, emprendió el viaje hacia Atenas para conocer a su padre.



Teseo marchó por un largo camino hacia Atenas, atravesando una tierra poblada por peligrosos bandidos.



En su travesía, logró derrotar a Corinetes, un temible bandido que atacaba a los caminantes con una gran maza de bronce. Cuando Corinetes se acercó, Teseo reaccionó rápidamente. Lo despojó de su arma y le dio un golpe que lo dejó tendido en el camino. La maza se convirtió en el trofeo de su primera victoria.

Más adelante, se encontró con Pitocantos, «el doblador de pinos», un salteador que utilizaba su fuerza para atar a los transeúntes en las copas de los árboles y luego soltarlos para que cayeran lastimados. Teseo, decidido a hacer justicia, hizo con Pitocantos lo mismo que el bandido hacía con los viajeros. Así, poco a poco, Teseo se fue forjando como un verdadero héroe.



Finalmente, después de superar innumerables peligros, llegó a Atenas. Cuando Egeo vio al viajero que calzaba sus sandalias y portaba su espada, reconoció a su hijo y lo declaró su sucesor.



Teseo en el laberinto

Cuando Teseo se reencontró con su padre, el pueblo de Atenas estaba viviendo un momento de gran aflicción. Los atenienses habían sido derrotados en la guerra con Minos, el rey de Creta, y él exigía como tributo que enviaran al sacrificio a siete jóvenes varones y a siete doncellas que serían devorados por el Minotauro.

Al saberlo, Teseo decidió viajar a Creta y enfrentar al monstruo.

—¡No vayas, hijo mío!—, le rogó Egeo.

—Iré, padre —respondió el joven—. Venceré al Minotauro y libraré a Atenas de este castigo.



Teseo y sus compañeros navegaron varios días hasta llegar a Creta. Allí los esperaba Minos, junto a su hija Ariadna, quien al ver a Teseo se enamoró de él y, desde su corazón, se dispuso a ayudarlo. En cuanto pudo acercarse, le dijo al héroe al oído que lo salvaría a cambio de que se casara con ella y la llevara consigo.

Las siete doncellas y los siete varones atenienses fueron llevados a una prisión hasta el momento de ingresar al laberinto.

Al día siguiente, Ariadna se acercó a la prisión deseosa de volver a ver a su amado y salvar su vida. Llevaba con ella un hilo muy especial que le había dado Dédalo, el arquitecto constructor del laberinto. Siguiendo ese hilo podría entrar al laberinto y volver a salir, sin perderse.

La joven de rojos cabellos le entregó el hilo mágico a Teseo y susurrándole al oído, le indicó cómo usarlo.



Teseo la escuchó muy atentamente y le preguntó:

—¿Y cómo puedo matar al Minotauro una vez que lo encuentre?

—Debes atraparlo por los pelos cuando esté dormido, echar su cabeza hacia atrás y clavarle la espada —respondió Ariadna, entregándole una filosa espada.



Teseo pidió ser el primero en ingresar al laberinto y, con la ayuda de Ariadna, dejó el hilo atado en la entrada. A medida que avanzaba, iba soltando el hilo sin dejar de apretar contra su pecho el ovillo que se achicaba a cada paso sin terminarse nunca. En su otra mano, relucía la espada, afilada y mortal.

La oscuridad del laberinto era cada vez más profunda. El silencio era total, hasta que empezó a escuchar, a lo lejos, unos fuertes resoplidos, un ronquido humano mezclado con un bramido animal.

El terrible ronquido le permitió a Teseo guiar sus pasos hasta donde estaba el monstruo y sentirse aliviado al saber que dormía.

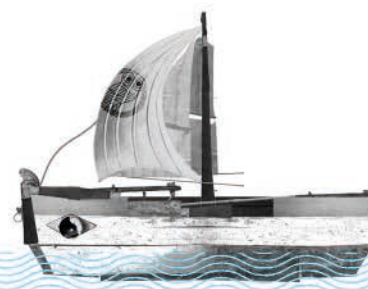
El olor nauseabundo y la humedad del lugar hacían que todo fuera más espantoso. Teseo sentía el latido de su propio corazón y temía que el Minotauro se despertara. Se acercó sigilosamente, pero con rapidez, tratando de entender de qué lado estaba la peluda cabeza del monstruo. Lo atrapó de los pelos con todas sus fuerzas y clavó la espada en su pecho.

El laberinto quedó en un mortal silencio. Teseo respiró aliviado y emprendió el regreso; iba envolviendo el hilo a medida que avanzaba, como le había indicado Ariadna.



ARIADNA, TESEO Y EL HILO MÁGICO

Cuenta la leyenda que, por regalo de los dioses, Ariadna estaba rodeada de una protección especial, y su nombre –que significa ‘la más luminosa’– reflejaba la luz que brillaba en su corazón. Desde niña, vivió en el palacio de su padre, el rey Minos, junto a su madre Pasífae. Durante un tiempo, también compartió su infancia con su hermano, al que todos conocían como el Minotauro.



Debía ser muy cuidadoso al enrollar la madeja: las habitaciones, los patios, los pasillos, las infinitas paredes se hacían interminables, pero mientras el ovillo siguiera creciendo, la salida se iría acercando. Con audacia y esperanza, siguió caminando guiado por el hilo de Ariadna.

La promesa

Para conquistar el corazón de Teseo, Ariadna le prometió ayudarlo:

—Te ayudaré a matar al Minotauro —le dijo en secreto a Teseo—, con una condición: luego de hacerlo, te casarás conmigo.



Teseo aceptó con gusto la propuesta de Ariadna. Para saber cómo salir del laberinto, la joven fue a hablar con Dédalo, el prestigioso arquitecto, a quien Ariadna conocía desde pequeña.

—Querido Dédalo —le suplicó— necesito tu ayuda. Mi amado Teseo pretende matar al Minotauro pero solo tú sabes cómo entrar y salir del laberinto, ya que has sido su constructor.



Cuando Teseo llegó a Creta a combatir al Minotauro, Ariadna, que ya era una hermosa joven, lo vio y se enamoró de él.

Dédalo entregó a la hija de Minos un ovillo de lana, indicándole que debía abrir la puerta de entrada y atar el extremo suelto del hilo allí. A medida que Teseo avanzara hacia el Minotauro, el ovillo se desenredaría, permitiéndole encontrar el camino de regreso. Dédalo advirtió que debía evitar que el hilo se cortara o se desatara, pues de lo contrario, Teseo se perdería en el laberinto para siempre.

Ariadna tomó el hilo mágico y los consejos del anciano. Luego se lo dio a Teseo y con él las instrucciones para entrar y salir del laberinto. Antes de separarse de Teseo, Ariadna le preguntó, con voz conmovida:

—Al salvar tu vida, pongo en peligro la mía; si mi padre sabe que te he ayudado, su enojo será inmenso. ¿Me salvarás tú a mí y cumplirás tu promesa de casarte conmigo?

Y Teseo asintió.

También le instruyó que, mientras el Minotauro dormía, debía agarrarlo por el pelo y sacrificarlo rápidamente. Así, una vez cumplida su misión, podría regresar al punto de entrada siguiendo el hilo, que se enrollaría nuevamente formando el ovillo.



La espera

Cuando Teseo entró en el laberinto, Ariadna ató fuertemente el hilo a la puerta y se quedó esperando afuera, vigilando que no se cortara ni se desatara.

Había hecho votos de silencio para que Teseo tuviera éxito en su batalla: le prometió a los dioses no decir ni una palabra hasta que saliera vivo y a salvo.

En silencio, temblaba al pensar en su amado y en el daño que el monstruo podría causarle. ¿Y si nunca sale del laberinto? ¿Y si el Minotauro lo hiere? ¿Cómo podría ayudarlo?

También se imaginaba al héroe avanzando trabajosamente por el laberinto con su pesada espada, y cargando en el otro brazo el gran ovillo, entre la oscuridad ciega.

No había nada seguro en esa tarea que debía realizar Teseo: el laberinto era gigantesco, mal iluminado y estaba diseñado ingeniosamente para que cualquiera se perdiera y se diera por vencido. El hilo podía enredarse en alguna trampa, podía ser cortado por el Minotauro, o simplemente convertirse en una madeja tan confusa como el laberinto.

La joven lloró y, silenciosamente, se encomendó al amor de su abuelo Zeus y los demás dioses.



La salida

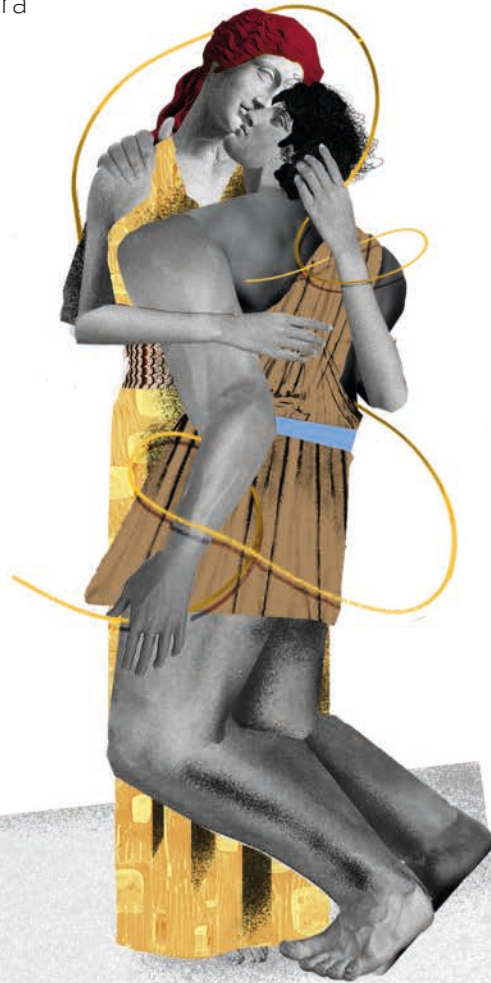
Ariadna confiaba en Dédalo, sus inventos y sus indicaciones, pero también temía por el destino incierto del héroe, que debía enfrentarse con tantos peligros al mismo tiempo.

Por fin, después de una espera que duró la eternidad del ansia, Ariadna vio salir del laberinto, exhausto, sucio y con la espada manchada con sangre, a Teseo junto con el grupo de jóvenes que lo habían acompañado en su peligrosa aventura.

El ovillo mágico estaba intacto, en manos de Teseo.

El héroe y la princesa se abrazaron entre lágrimas.

«¡Ha logrado matar al Minotauro, está sano y salvo y pronto será mi esposo!», pensó Ariadna, llena de felicidad e ilusión.



Todos juntos subieron a un barco rumbo a Atenas. Zeus, padre del Universo, apareció en el cielo y los guió entre las constelaciones de estrellas.

DÉDALO E ÍCARO



Dédalo era un gran arquitecto e inventor, cuya fama lo llevó a la isla de Creta, donde el rey Minos le encargó construir un laberinto del que fuera imposible escapar. Este laberinto, lleno de pasadizos interminables, albergaba al temible Minotauro, que fue finalmente derrotado por Teseo con la ayuda de la hija de Minos, Ariadna, quien le proporcionó un ovillo mágico para salir.

Cuando el rey se enteró de que Dédalo había ayudado a su hija y al héroe, y les había dado el ovillo mágico para salir del laberinto, lo encerró allí junto a su hijo Ícaro.

Pero ni el mismo Dédalo recordaba cómo salir de esa encrucijada de pasillos y paredes.

Las alas

Prisionero de la trampa que él mismo había diseñado, Dédalo contemplaba las paredes que parecían cerrarse cada día más sobre ellos. Pero en su mente inquieta, una chispa de esperanza empezó a arder: si la tierra y el mar estaban bajo el dominio de Minos, ¿qué pasaría con el cielo?

—El cielo —murmuró, mirando hacia arriba—. En el cielo está la libertad.



Sin herramientas ni materiales a su disposición, Dédalo observó el lugar y se dio cuenta de que estaba lleno de aves e insectos. Así, tuvo la idea de utilizar plumas. Ató las plumas más grandes con hilos de su ropa y, para las más pequeñas, usó cera de insectos.

Junto a Ícaro, pasaron días recolectando materiales y construyendo las alas, mientras el niño jugaba y se divertía con ellas. Dédalo puso en orden las plumas de menor a mayor, tratando de imitar las alas de los pájaros.

El vuelo

Finalmente, cuando las alas estaban listas, Dédalo decidió que el momento de escapar había llegado. Le dijo a Ícaro que se irían al amanecer para aprovechar mejor la luz del día. Pero Ícaro, ansioso por volar, le pidió a su padre que le dejara probar las alas esa misma noche. Dédalo, después de ajustar las alas al pequeño, le enseñó a moverlas. Con alegría, Ícaro logró hacer un pequeño vuelo.

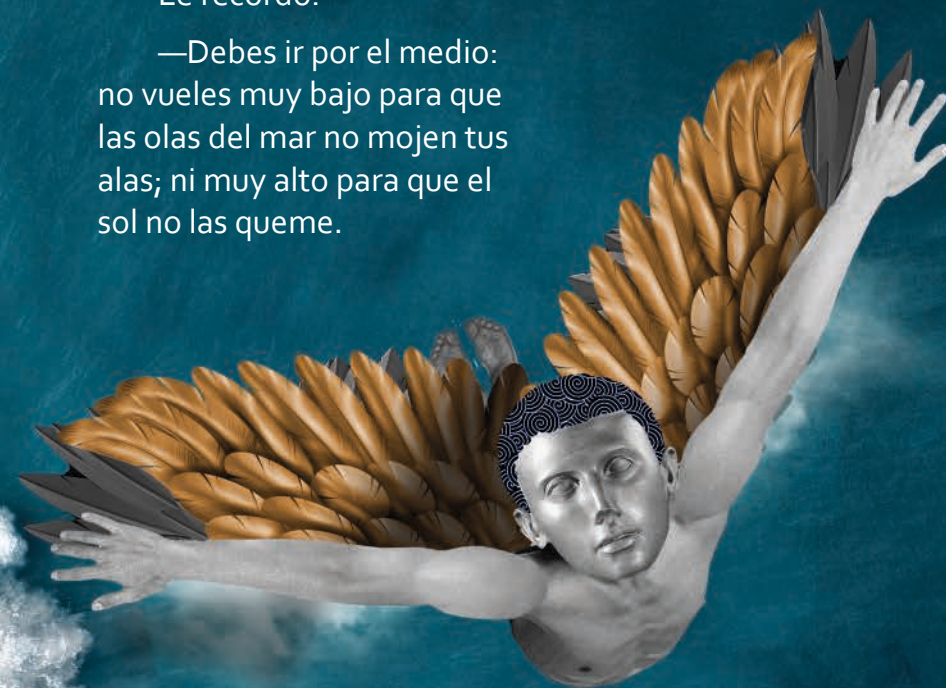


Al día siguiente, al amanecer, Ícaro despertó impaciente y, al ver que su padre todavía dormía, se puso las alas y comenzó a moverlas, brillando a contraluz como un ave dorada. Era una imagen tan bella que Dédalo sintió gran emoción y orgullo por su obra.

Dédalo se colocó sus propias alas y terminó de acomodar las alas de Ícaro, le dio un beso y con lágrimas en los ojos le dijo: «¡Hijo, ten cuidado!».

Le recordó:

—Debes ir por el medio:
no vuelas muy bajo para que
las olas del mar no mojen tus
alas; ni muy alto para que el
sol no las queme.



Comenzaron a elevarse lentamente. Dédalo, con amor y cuidado, guió a su hijo, como hubiera hecho una madre pájara: lo empujaba un poquito, lo acercaba, lo distanciaba de a ratos, ayudándolo a desplegar sus alas y a sentirse seguro. Voló él delante y fue llevando al niño por el aire, hasta alejarlo de las altas paredes del laberinto y los peligros que encontraban en el camino.

Desde lo alto,
la vista de la tierra
era maravillosa, y a
medida que volaban, los
pescadores y pastores los
observaban asombrados,
pensando que eran seres
divinos.

Cuando llegaron al mar, la isla
toda apareció frente a sus ojos, como
un lunar en el agua. El sol comenzó a
elevarse y su reflejo en los mares fue una
fiesta de colores.

Entonces, Ícaro, dueño del cielo, llevado por
el deseo de volar, empezó a disfrutar de las alturas y
olvidó los consejos de su padre. Subió sin detenerse y se
fue acercando cada vez más al sol.

Como ascendió demasiado, el calor del sol comenzó a
derretir la cera de sus alas, que se empezaron a deshacer
pluma a pluma. El aroma de la cera derretida impregnaba
todo, y, mientras el pequeño iba viendo como sus brazos
quedaban desnudos, empezó a caer con gran rapidez.

Dédalo, al no ver
más a su hijo, gritó su
nombre. Pero no lograba
encontrarlo.

—Hijo, ¿dónde estás?
¿A dónde voy a buscarte?
—decía, desesperado.

Al fin, cuando vio las
plumas en el agua y las
ondas que se esparcían
inquietas, se dio cuenta de
lo ocurrido.

Dédalo lloró con una enorme pena y se arrepintió de sus propias creaciones. A pesar de que le había advertido al niño lo que podía pasarle si volaba muy alto, su invento había terminado en un triste final.



Algunos dicen que, para recordar por siempre a Ícaro, Dédalo llamó «Icaria» a la isla más cercana de ese lugar. Otros, en cambio, creen que el pequeño Ícaro fue más astuto y se refugió del sol entre las mullidas nubes.

La verdad solo la sabe el mar, que guarda esta mítica historia en sus aguas profundas y azules.

**DIRECCIÓN
GENERAL DE
CULTURA Y
EDUCACIÓN**



**GOBIERNO DE LA
PROVINCIA DE
BUENOS
AIRES**

ISBN 978-987-676-161-1

